

# **“Proteger, escuchar y venerar a los abuelos”**

## **Homilía del Papa Francisco en Santa Marta**

**Martes, 19 de noviembre de 2013**

Elegir la muerte, antes que escapar con ayuda de amigos complacientes, con tal de no traicionar a Dios y también para demostrar a los jóvenes que la hipocresía nunca es útil, y mucho menos renegar de la propia fe. Todo esto forma parte de la historia del noble Eleazar, figura bíblica del Libro de los Macabeos propuesta por la liturgia del día, quien, ante los torturadores que querían obligarlo a retractarse, prefiere el martirio, el sacrificio de la vida, antes que una salvación arrancada con hipocresía. Este hombre, frente a la elección entre apostasía y fidelidad, no duda, rechazando la actitud de fingir, disimular piedad, aparentar religiosidad. Es más, en vez de pensar en sí mismo, piensa en los jóvenes, en lo que su acto de valentía podrá dejarles como recuerdo. Es la coherencia de este hombre, la coherencia de su fe, y también su responsabilidad por dejar una herencia noble, una herencia verdadera.

Ahora, en cambio, vivimos en un tiempo en el que los ancianos no cuentan. Está feo decirlo, pero se descartan, ¿verdad? Porque molestan. Pero los ancianos son los que nos recuerdan la historia, nos traen la doctrina, nos transmiten la fe y nos la dejan como herencia. Son los que, como el buen vino envejecido, tienen esa fuerza dentro, para dejarnos una herencia noble.

Recuerdo un cuento que escuché de pequeño. Los protagonistas son los miembros de una familia (papá, mamá, muchos hijos) y el abuelo que, cuando se toma la sopa, siempre se mancha la cara. Molesto, el padre explica a sus hijos porqué el abuelo se comporta así, y le compra una mesita aparte para que el abuelo coma solo. El mismo papá, un día vuelve a casa y ve a uno de sus hijos jugar con unos trozos de madera. “¿Qué haces?”, le pregunta. “Una mesita”, responde el niño. “¿Para qué? Para ti, papá, para cuando seas viejo como el abuelo”. Esta historia me hizo mucho bien durante toda mi vida, porque los abuelos son un tesoro.

La epístola a los Hebreos (13,7) dice: “Acordaos de vuestros mayores, que os predicaron la palabra de Dios; considerad cuál ha sido el resultado de su conducta, e imitad su fe”. La memoria de nuestros antepasados nos lleva a imitar su fe. Es verdad que la vejez,

a veces, es un poco mala, por las enfermedades que comporta y todo eso, pero la sabiduría que tienen nuestros abuelos es la herencia que debemos recibir. Un pueblo que no protege a los abuelos, un pueblo que no respeta a los abuelos, no tiene futuro, porque no tiene memoria, ha perdido la memoria.

Nos vendrá bien pensar en tantos ancianos y ancianas, muchos que están en las casas de reposo, y otros muchos –es fea la palabra, pero digámosla– abandonados por los suyos. Son el tesoro de nuestra sociedad. Pidamos por nuestros abuelos y nuestras abuelas, que tantas veces han tenido un papel heroico en la trasmisión de la fe en tiempos de persecución. Cuando papá y mamá no estaban en casa, e incluso tenía ideas extrañas que la política de aquel tiempo enseñaba, han sido las abuelas las que han transmitido la fe.

Cuarto mandamiento: es el mandamiento de la piedad: ser piadosos con nuestros mayores. Pidamos hoy a esos “viejos” Santos —Simeón, Ana, Policarpo y Eleazar— la gracia de proteger, escuchar y venerar a nuestros mayores, a nuestros abuelos.